

### EL MONJE FRENTE AL CAMBIO - *Simple reflexiones*

Querer ceñir en un artículo forzosamente breve toda la problemática del cambio que afecta a la vida monástica, sería presuntuoso. Prefiero limitarme a indicar algunas consecuencias del proceso de cambio que vivimos y sus implicaciones en nuestra vida. Divido el artículo en dos partes: el cambio religioso y los cambios cultural, socio-económico y político.

#### *I. El cambio religioso*

La característica del cambio tal como lo vivimos hoy es su pretensión de absoluto y su violencia. Usos y costumbres perfectamente legítimos hasta ayer, que habían ido adaptándose con el pasar del tiempo a circunstancias siempre nuevas, perdieron repentinamente su validez. La problemática del cambio se presentó, pues, como un rechazo y una sustitución. Descubrir bajo las afirmaciones radicales de novedad la continuidad de lo espiritual y lo humano, no es siempre fácil. Muchas veces se convierte en pura apología de una determinada manera de vivir. Tratemos de ver algunos ejemplos de ese cambio en el ámbito religioso, y de afirmar cuáles son los valores vigentes para nuestro tiempo.

La “religión” está en crisis, sea porque la “religión” significaría suplantarse al Dios vivo con un “Deus ex machina”, buscar un refugio y una ayuda en nuestras necesidades y aspiraciones, desconociendo la libertad de Dios y la necesidad de convertirnos profundamente, sea porque una orientación *exclusiva* hacia Dios pierde su sentido frente al descubrimiento del hermano como “sacramento”, como término de la encarnación del Verbo. Ambas tendencias llevadas al extremo suprimen hasta la posibilidad de la vida monástica. Pero muchos de sus elementos son válidos para una renovación auténtica y profunda. Está de más decir que estas tendencias no nacen en un laboratorio teológico, sino que se originan en un esfuerzo sincero de comprensión evangélica de la realidad. Nuestro propio esfuerzo de comprensión debe tomarlas seriamente en cuenta.

La vida monástica pertenece al campo de lo “religioso”. Preferimos evitar la discusión sobre el término y su significado, conviniendo en que, para el presente artículo, entendemos por religión el conjunto de convicciones y prácticas que se refieren a la relación de Dios con el hombre y la actitud de éste frente a Aquél. La vida monástica es una respuesta de fe a un llamado. Por lo tanto, se sitúa en ese campo de lo religioso, según hemos querido definirlo. Sin embargo, las investigaciones de los teólogos y la vida del pueblo cristiano han provocado una crisis de la “religión”, como era entendida precedentemente. Esta crisis se debe a un cambio profundo en la comprensión del mensaje revelado, a la luz del desarrollo alcanzado por el hombre. Abarca la así llamada “secularización”, pero no se agota allí. Es un fenómeno que incluye mucho más y que no puede ser ajeno. Mientras que el dominio de la naturaleza por el hombre hace retroceder las fronteras de lo desconocido, aumenta la inseguridad. Retrocede la imagen mítica del Dios presente en el mundo. El hombre pierde el apoyo sensible que le daban sus ritos, destinados a un Dios siempre cercano, pues su presencia comenzaba donde terminaba el poder del hombre. Por ello, la presencia de Dios en el mundo es, si puede decirse, cada vez menos “local” y sensible. Pero llegamos de esa manera al dominio propio de Dios: lo conocemos a través del amor y de la fe. La condición del creyente se hace más difícil, pues no puede controlar materialmente la presencia de Dios, pero cumple mejor que nunca su actitud fundamental de *creyente*. Las estructuras “religiosas”, pues, caducan, son inútiles, y la vida monástica tiene que tomar conciencia de esta nueva realidad para poder ser comprendida en nuestro tiempo. La “profanidad” del mundo adquiere un valor cristiano, por la encarnación del

Verbo. El trabajo, por ejemplo, como colaboración en la construcción del mundo, toma un nuevo y más profundo sentido.

Esto no evacua el sentido de nuestra vocación. Al contrario, le da una dimensión más profunda, por lo que deberíamos estar agradecidos. No es esencialmente diversa de la vocación de todo cristiano. La elección de los medios con que cada uno de nosotros responde a la llamada de Dios a la fe, nos sitúa en uno u otro de los “estados” de vida, pero participando todos ellos de la misma y única Vida. Pero, ¿no ha caducado el sentido de pertenecer establemente a uno u otro de estos? La llamada divina a la salvación nos señala igualmente el camino de nuestra vida. En ella nos esforzamos por ser fieles a Dios. Es evidente que la elección de un “estado” por parte de un sujeto, se hace hoy a través de un proceso más complejo, y que se deben consentir plazos y tiempos que antes no se acordaban. Es verdad, también, que no todos son capaces de afrontar las mismas condiciones de perseverancia y que la conciencia moderna no se resigna a un “estado” al que se ha llegado por error o por imprudencia. Pero aceptado todo esto, ¿el compromiso permanente se ha hecho imposible? Personalmente, creo que no. Nuestra respuesta de fe es para siempre, aunque seamos conscientes de nuestros defectos y caídas, y condiciona con la misma perpetuidad a nuestra respuesta monástica. El amor pide que no se le pongan límites, afronta la donación generosa de sí para toda la vida, confiando en la gracia divina. Quitarle esa dimensión de totalidad, sería retirar nuestra confianza a Dios. Sabemos que una profesión perpetua no es, tampoco, un ofrecimiento adecuado al amor que nos tuvo el Señor. Pero de esa manera nos damos con lo mejor que tenemos, en una actitud de entrega y disponibilidad en la fe, que incluye el don de la virginidad, de la pobreza, de la obediencia.

Nuestra rígida distinción entre los diferentes “estados” de vida debe ser revisada. La vida cristiana sigue siendo fundamentalmente una, y las maneras diferentes de vivirla no afectan -no deberían afectar- a su unidad en la diversidad. Tocamos aquí el sentido de la Iglesia como comunión. Todo cristiano está llamado a vivir en comunidad, que es consecuencia e imagen de la comunión trinitaria. Una comunidad monástica que negara su pertenencia a la comunidad eclesial carece de sentido, tanto como una comunidad que suprimiera la dimensión individual en sus miembros, en la cual se hace la aceptación de la fe y la obediencia al llamado. Hay dos referencias esenciales y polarizantes que vuelven compleja la situación: la referencia al pueblo de los creyentes, en marcha hacia Dios, y la referencia al individuo, redimido por Cristo y llamado por la gracia. Esta tensión no debería conducir a la absorción de la comunidad en el todo eclesial, ni al fraccionamiento de la agrupación en los individuos. Toda comunidad conoce una tensión entre ambos extremos, y debe resolverla en una síntesis positiva que confiera al pueblo de Dios toda su riqueza.

¿Y cuál es la riqueza propia de la vida monástica? Principalmente, la desnudez de la fe. La vida cristiana es una marcha, como la de Abrahán, en la oscuridad de la fe. Constantemente debemos renovarnos, nacer de nuevo, en el Espíritu, hacia la Parusía, la venida del Juez. En continua confrontación con la Palabra de vida nos preparamos a ese encuentro, que se realizará cómo y cuándo el Señor lo disponga. La escatología no es un proceso de crecimiento infalible y de seguridad de conciencia. Cristo es el juez de nuestros actos. Nuestra vida, que participa del *ésjaton* comenzado, es una confrontación incesante con la Verdad que hemos abrazado. Dios, que nos ha llamado, tiene derecho a exigirnos una conformidad absoluta con su voluntad. Ella puede manifestarse a través de diversos canales, pero sigue siendo la norma y el criterio final. La vida monástica no es un refugio infalible, fundado en la justicia de nuestras propias obras. La vida monástica sólo puede medirse con la medida de la fe, del amor y de la esperanzas

Los monjes pueden ser el fermento, aquel núcleo vivo de fe en medio de los hombres. Como todo lo que está más cerca de lo esencial es más sobrio, más descarnado (¡y no desencarnado!). Sus elementos son los más pobres, para poder ser ricos en expresividad. En esta crisis profunda de los valores “religiosos” la fidelidad a nuestra vocación tiene valor para todos los hombres. Para nosotros mismos es, lo sabemos, el camino por el que nos ha llamado el Señor, el Único que tiene palabras de vida eterna. La esencialidad de la vida monástica la coloca en una actitud

de contemplación y de pobreza. Como actitud cristiana, no se basa en un rechazo, sino en la apertura al amor de Dios, en la disponibilidad, en la oración, en la abnegación de nosotros mismos. Como “estado” exige una fidelidad y disciplina que no pueden identificarse con una técnica especializada. Son los medios con que ordenamos y expresamos nuestra vida hacia Dios. Al hacerlo, no excluimos a los hermanos de nuestro horizonte, al contrario, solamente recordamos que Dios es primero, que no podríamos dar nada a nuestros hermanos, si no viene de Dios.

Las formas concretas de nuestra vida monástica en el nuevo orden de la cristiandad son, a la vez diferentes e iguales a las tradicionales. Son iguales, en cuanto intentan expresar nuestra búsqueda de Dios, y en ella las condiciones del hombre son constantes, a pesar de los cambios de comprensión y de nuestra obligación de volver siempre a nuestro modelo. Pero son diferentes, pues se sitúan en un mundo en modificación profunda.

## *II. Los cambios culturales, socio-económicos y políticos*

Nos hemos demorado en la consideración del cambio religioso y sus implicaciones en la vida monástica, porque es el medio propio de nuestra vida. Los otros ámbitos influyen, desde luego, pero de forma menos directa, aunque a veces nos parezcan más determinantes. Hemos visto cómo la conciencia cristiana de hoy rechaza una forma “mecanicista”, de la vida monástica, y la obliga a situarse nuevamente en la posición de humilde servidora de la Palabra. Por esa crisis llegamos a una mayor fidelidad al Evangelio. Las crisis del mundo moderno en los órdenes más humanos nos obligan también a interrogarnos sobre el valor y el sentido de nuestra consagración monástica.

La secularización trae como consecuencia la abolición de la distinción entre el orden sacro y el profano. No hay ya un medio más apropiado que otro para la vida evangélica. Sin embargo, eso no quiere decir que el mundo está consumado en la redención y el mal haya sido suprimido. En cierto sentido, las nuevas estructuras de la sociedad, más ágiles, la preocupación por la igualdad, la justicia, la exigencia de autenticidad, ayudan a que los cristianos de hoy se sitúen en un plano de mayor comunión con todos los hombres. Lo mismo vale para los monjes. Pero, por otro lado, hay elementos en la sociedad moderna que son profundamente alienantes y corruptores, contrarían el plan de Dios y disminuyen al hombre, como la incapacidad de poner fin a la desigualdad, a la opresión, al hambre y a la violencia. El cristiano debe condenar esas fuerzas y luchar contra ellas. No es del mundo, aunque viva en él. Anuncia el juicio de Dios y colabora en la redención de sus hermanos. Frente al mundo, pues, la Iglesia tiene un papel profético, de reveladora de una verdad que la supera, de un más allá que, un día no lejano (y en cierta manera lo estamos viviendo ya), transformará todo. Pues todo será renovado en la novedad que es Cristo. La función contemplativa y la función profética de los cristianos están estrechamente ligadas entre sí. La vida monástica no es más que una forma de vivirlas. Una forma, digo, porque todos los cristianos tienen la obligación de ser testigos del Evangelio, cada cual según su carisma propio. El de los monjes es el de testimoniar, en su soledad, del absoluto que es Dios.

Los cambios de perspectiva y de estructura ocurridos en el mundo deben ser tomados en cuenta. El pasaje de una sociedad rural a la urbana pide que la vida monástica crezca y se difunda también en las ciudades como en un medio propio, no en un simulacro de contorno campestre, sino integrando los elementos de la sociedad urbana. De ello puede surgir una contribución liberadora a la situación de los hombres que viven en las ciudades, oprimidos por los “mass-media”, y necesitados del recogimiento que conduce a Dios. La profanidad, por otra parte, y el reconocimiento del laicado como valor cristiano, pide que la vida monástica se “desclericalice”, abandone los esquemas de cuerpo sacerdotal, para asumir las condiciones de vida ordinaria de la gente. Esto no implica la absorción del monasterio por la masa, sino la eliminación de las barreras artificiales. Una comunidad fiel y consciente de su especificidad puede ser un fermento en medio del pueblo de Dios. Además, la pobreza siempre en aumento en el mundo, mientras

otra parte de la humanidad es cada vez más rica, exige que los monjes vivan con sinceridad su compromiso de participar en los sufrimientos de todo el Cuerpo de Cristo. No basta colaborar en los planes de desarrollo, como un capitalista más, que da su contribución y se desentiende luego. Es necesario que los monjes se sientan solidarios con los pequeños y lo demuestren. Lo mismo en las opciones políticas, en el pasaje de una cristiandad establecida, con todos sus privilegios para la Iglesia y los eclesiásticos, los monjes han de desprenderse de todo relente de poderío para situarse en el llano. Los demás cambios que han sobrevenido deben ser tenidos igualmente en cuenta. Todos ellos modelan el carácter del hombre contemporáneo y sus efectos ya se han introducido en nuestros monasterios. Negarse a escuchar sus justas enseñanzas significa hacerse extraño a la sociedad, convertirse en un hombre de otro planeta. Pero eso no puede ser, Jesús se hizo hombre en este mundo, asumiendo las condiciones de su patria y de su época. Del mismo modo, nosotros hemos de realizar esa encarnación en nuestro medio. Pero, no lo olvidemos, el cristiano sigue siendo un peregrino. Todo es suyo, pero es medio para un fin que lo trasciende y mientras atraviesa el mundo, se identifica al término al que aspira, cuya llegada definitiva anuncia con su vida y apresura con su plegaria. De manera especial, el monje señala esa expectativa escatológica de la Iglesia.

Ser monjes, pues, no significa ser insensibles al cambio. Al contrario, debemos reconocerlo y renovarnos. Nuestra vocación es una vocación de disponibilidad. Si nuestra oración no nos conduce a ella, ¿de qué nos sirve? Si no sabemos descubrir la voluntad de Dios y seguirla, ¿qué sentido tiene nuestra profesión? Pero la disponibilidad y la obediencia no nos llevan a la confusión con el mundo, sino a trabajar por su salvación, a la vez que somos “signo de contradicción”. Nuestra vida tiene exigencias propias, y su control y medida no puede ser otro que el Evangelio, que es su fuente y su alimento.

*Los Toldos, 5 de diciembre de 1969  
Pcia. de Buenos Aires  
Argentina*